

WAGNERIANA CASTELLANA N° 51 AÑO 2004, sección Crítica de libros

TEMA 4. BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES.

TÍTULO: “**LAS MUJERES DE HITLER. WINIFRED WAGNER**” DE ANNA
MARIA SIGMUND

AUTOR: *Santiago Bernal*

JUSTIFICACIÓN DE UN ARTICULO

Santiago Bernal, miembro de nuestra Associació Wagneriana desde hace muchos años, nos remitió el artículo titulado "Las mujeres de Hitler. Winifred Wagner", planteado como una crítica de libros, pero con una extensión muy considerable y con un nivel de investigación realmente profundo. Cuando nos remitió el texto de dicho artículo, el libro al que se refería no había sido editado todavía en español. Su comentario se basaba en la edición alemana y aunque al principio del trabajo hacía la reflexión -totalmente demoledora-, de que ese sería el libro que la gente leería sobre Winifred y no las dos importantes biografías editadas en alemán recientemente, consideramos que el artículo se centraba demasiado en el aspecto político y que su publicación podría entrañar más inconvenientes que ventajas. Realizamos una votación entre la Junta de nuestra Associació Wagneriana, y se produjo un empate a tres entre los partidarios de publicarlo y los que consideraban mejor no hacerlo. Ante ese empate se decidió no publicar el artículo, pese al enorme trabajo que había supuesto para el autor su redacción y pese también a la indiscutible calidad del mismo, lógico en Santiago Bernal que está especializado en historia contemporánea. El tema quedó momentáneamente archivado.

Poco después de la Junta en la que se había decidido dejar en suspenso el tema, el libro en cuestión fue editado en castellano, con lo cual la argumentación del autor en el sentido de que ese sería el texto que leería la mayor parte de la gente, adquiriría una nueva dimensión, toda vez que en España no existían las dos biografías

mencionadas sobre Winifred Wagner. Esto nos hizo reflexionar y pese a los riesgos de "politizar" el tema, -cuando lo que queremos es precisamente lo contrario-, hemos optado por publicar dicho artículo, especialmente teniendo en cuenta que también ha tenido lugar en Barcelona la proyección de la película "Winifred Wagner" de Syberberg organizada por els Amics del Gran Teatre del Liceu, producción totalmente tendenciosa y también, - como el libro de las mujeres de Hitler mencionado-, únicamente centrado en el tema político.

Hemos optado pues, por publicar el artículo que tuvo la amabilidad de enviarnos de manera desinteresada Santiago Bernal, y también publicamos en este número, la continuación de la documentación sobre Hermann Levi. Así de nuevo en este número, como en el anterior, siguen siendo los protagonistas Levi y Winifred. Con la lectura de los dos trabajos que hemos publicado sobre Winifred sacaremos las debidas consecuencias, sabremos por un lado quien no era Winifred y por el otro quien efectivamente era. Si después de la lectura de ambos trabajos algunos lectores tienen la amabilidad de facilitarnos sus opiniones al respecto, tendremos más conocimiento de causa sobre estos temas y así podremos tomar las decisiones oportunas en casos similares que puedan producirse en el futuro. Gracias.

CRÍTICA DE LIBROS:“LAS MUJERES DE HITLER. WINIFRED WAGNER”.

INTRODUCCIÓN

Nos hallamos ante lo que suele denominarse un best-seller, que forma parte de una serie de la que ya hay publicados tres tomos en el mercado alemán (*Die Frauen der Nazis I, II, III*). El primero de ellos fue objeto de una amplia promoción internacional y traducido a varios idiomas -en España bajo el título de “Las mujeres de los nazis”-, lo que dio fama y renombre a su autora, la historiadora austriaca Anna Maria Sigmund. El segundo tomo (editado el presente año en nuestro país por Plaza y Janés con el título de “Las mujeres de Hitler”), incluye las biografías de seis mujeres, una de las cuales es Winifred Wagner, a la que dedica 40 páginas (de la 227 a la

266)¹.

Si he prestado atención a este libro no ha sido por la calidad de la biografía mencionada, máxime ahora que la historiadora germana Brigitte Hamann ha sacado a la luz una obra dedicada a la nuera del Maestro, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth*. El motivo principal radica en que así como el libro de Hamann será leído únicamente por la minoría interesada en el wagnerismo, el de Sigmund está dedicado al gran público –que en su mayoría no posee familiarización real con el mundo wagneriano-, y su éxito de ventas determina que muchos lectores tendrán una imagen de la segunda generación de los Wagner condicionada por dicho libro.

No seríamos consecuentes con el legado de Richard Wagner si nos limitásemos a comentar los trabajos wagnerianos que circulan en ese especializado mundo, y despreciásemos aquellos que son leídos por la gran masa del pueblo, a la que el Maestro hizo receptor principal de su creatividad y a la que por tanto nosotros, sus humildes seguidores, estamos obligados a dirigirnos. E igualmente espero que los ejemplos que a continuación expongo, que son característicos del afán sensacionalista que corrompe al mundo actual, pongan sobre aviso a los lectores que, guiados por su propia honradez, creen ingenuamente que historiadores y editores son de su misma condición.

Historia y divulgación.

Antes de abordar el libro en sí, considero instructivo hacer unos comentarios generales sobre la historiografía actual. El estudio de la historia -y en esto existe unanimidad- es una ciencia más, que debe ser abordada sin ningún tipo de prejuicio o tendenciosidad, siendo su guía la objetividad y su meta la búsqueda de la verdad. Por tanto el historiador es aquella persona que, usando una metodología científica, lleva a cabo una indagación en el pasado para legarnos una imagen lo más precisa y

¹.- Para el presente trabajo he hecho uso de la edición original alemana ("Die Frauen der Nazis II". Anna Maria Sigmund; Editorial Wilhelm Heyne, Munich; Mayo del 2002).

completa posible de la realidad histórica de su interés. Visto así, es evidente que historiadores reales hay pocos, puesto que sólo una minoría de ellos llevan a cabo labor investigadora alguna. La mayoría de los historiadores cuyas obras ven la luz, en especial aquellos que gozan de la preferencia de los editores, en realidad no escriben libros de historia, sino libros divulgativos, puesto que en ellos apenas hay investigación y sí mucha divulgación de lo que otros historiadores descubrieron. Este es el caso del libro de Anna Maria Sigmund.

El gato no es malo, a no ser que te lo hagan pasar por liebre.

Y en verdad, nada hay que criticar a los historiadores divulgativos, puesto que de hecho son los que de una forma amena difunden la historia entre la gran masa. Y digo que nada hay que criticar, siempre y cuando no quieran hacer pasar un trabajo divulgativo por uno de historiografía, es decir, hacer pasar una obra en la que el historiador se ha limitado a reunir en un solo tomo la labor de otros historiadores, por una obra en la que nos vamos a encontrar el producto de una investigación histórica que aporta elementos novedosos fruto del esfuerzo indagatorio del historiador. Por desgracia, la falta de humildad de muchos historiadores y la avidez comercial de muchos editores hacen pasar por libros de historia lo que son meramente libros divulgativos. También éste es el caso del libro de Anna Maria Sigmund.

Ingratitud, engaño y algo peor.

Para camuflar como investigación lo que es sólo divulgación, existe la cada vez más extendida práctica de usar libros de otros y adueñarse de sus fuentes. Es decir, si yo escribo un libro en el que apporto cierta información, citando como fuente de la misma una carta que está archivada en determinada biblioteca, con posterioridad viene un historiador divulgativo y hace uso de esa misma información, pero en lugar de mencionar mi libro, me omite y cita directamente como fuente la mencionada carta depositada en dicha biblioteca, haciendo creer al lector que es él el descubridor de la misma o cuando menos que se ha acercado hasta esa biblioteca para realizar la

pertinente consulta. Esto supone una ingratitud hacia el historiador que dio a conocer la carta, y un engaño al lector². Pero lo peor es que un historiador que se precie de tal debe procurar ir siempre a las fuentes originales, puesto que corre el riesgo -cada vez más extendido en determinadas áreas de la historia- de que una vez consultadas, su

².- Veamos un ejemplo: Anna Maria Sigmund cita en su bibliografía “Monologe im Führerhauptquartier, 1941-1944” (Orbis; Munich; 2000). Se trata de un libro –al que posteriormente me referiré con más detalle- que recoge diversos comentarios de Adolf Hitler y que el historiador Werner Jochmann analiza por medio de notas a pie de página. Jochmann (ver página 452), al referirse a la devoción hitleriana profesada en aquel entonces por las féminas de la familia Wagner, menciona el informe quincenal (16-31/XII/1923) del jefe de gobierno de la Alta Franconia:

«Además de Bayreuth, donde especialmente la parte femenina de Wahnfried profesa un marcado culto hitlerista, tienen lugar en Bamberg las llamadas tardes de té de mujeres *patrióticas* con el objeto de pronunciarse contra el vigente orden estatal y dar rienda suelta a sus exaltaciones en favor de Hitler y sus seguidores”. **Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8./9. November 1923. Hrsg. von Ernst Deuerlein, Stuttgart 1962, S. 561**».

Como vemos, Werner Jochmann, en un rasgo de ética profesional, cita el libro de un tal Deuerlein como fuente. Anna Maria Sigmund, de la que no tengo duda alguna de que ha sabido de dicho informe *policia*l gracias al libro de Jochmann, al referirse a él cita como fuente directamente a Ernst Deuerlein (**Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8./9. November 1923. Hrsg. von Ernst Deuerlein, Stuttgart 1962, S. 561** [*Die Frauen der Nazis II*, pág. 306, nota 36; compárese ambas citas resaltadas en negrita: ¡son idénticas hasta en las abreviaciones!]) y omite a Jochmann, lo cual, desde un punto de vista comercial, es lógico, pues no parece muy prometedor que la historiadora Sigmund mencione al historiador Jochmann que a su vez menciona al historiador Deuerlein para referirse al mencionado informe. Sin embargo, esta es la realidad. ¿Y por qué estoy seguro de que Sigmund no ha leído el libro de Deuerlein? Por otros ejemplos similares y porque en su bibliografía se olvidó de incluir el mencionado libro. Tal vez el lector de estas líneas piense que el hecho de que ambas citas coincidan al milímetro o que Sigmund se olvidara de incluir a Deuerlein en su bibliografía constituyen prueba de que no hay mala fe sino que todo es un producto de la casualidad, puesto que si estuviera en su intención engañar al lector, habría prestado más atención a no cometer estos descuidos. Por desgracia, esa lectura no es la correcta, pues por el contrario la consecuencia que cabe extraer es la de la constatación de la complacencia general tanto de escritores, editores, crítica y lectores, y lo que es peor, que se evalúa muy a la baja el nivel de exigencia de los lectores y por tanto no es preciso adoptar excesivas precauciones a la hora de camuflar determinados *engaños*.

contenido varíe sustancialmente –cuando no se trata de una pura y simple invención³.

Muchos libros de historia adolecen de todos estos vicios, y el de Anna Maria Sigmund no es una excepción.

Las mentiras se dividen en pequeñas, medianas, grandes y verdades a medias.

³.- Pongamos otro ejemplo, esta vez extraído del primer tomo de “Las mujeres de los nazis” y que resulta extremadamente ilustrativo. Sigmund, en su microbiografía de Geli Raubal, sobrina de Hitler, menciona –e incluso reproduce- dos acuarelas pintadas en 1929 por el futuro *Führer* de Alemania en las que se muestra a Geli desnuda. Como fuente de ambas acuarelas, cita lo siguiente:

«Rotulado 588 Geli Raubal, *Desnudo femenino*, Munich, 1929; papel, firmado y fechado A. Hitler; P.B.; D1:F.P. Así como 589 Geli Raubal, *Desnudo femenino*, Munich, 1929; dibujo acuarelado sobre papel; firmado y fechado A. Hitler; P.B:D1:F:P.

«Reproducido en Harry Slapnicka. “Hitler y la Alta Austria. Mito, propaganda y realidad del *distrito natal del Führer*”. Grünbach, 1988, p. 71» (Anna Maria Sigmund: “Las mujeres de los nazis”; Plaza y Janés, Barcelona, Marzo del 2000; pág. 259, nota 44).

¿Qué significa “rotulado 588 y rotulado 589”? ¿A qué se refiere con “P.B.; D1:F.P.”? ¿Tal vez se trate de la referencia a un archivo no mencionado? La realidad es la siguiente: en 1983 un coleccionista tejano llamado Billy F. Price en colaboración con los historiadores de arte August Priesack y Peter Jahn se tomaron la molestia de reproducir en un tomo las obras pictóricas de Adolf Hitler, el cual fue editado por Gallant Verlag AG, Zug, Suiza (“Adolf Hitler als Maler und Zeichner”: ISBN 3-277-00103-2). En dicho libro se reproducen 723 dibujos, óleos y acuarelas de Hitler, cada una de ellas enumerada, y las que muestran a Geli Raubal desnuda constituyen la 588 y 589. A su vez, se indica de cada una de ellas datos tales como su procedencia, para lo cual el autor ha hecho uso de una serie de abreviaciones. De esta forma, P.B. significa *Privat Besitz* (propiedad privada); de los distintos cuadros de Hitler en manos privadas, éstos en concreto corresponden al grupo D1 (Propiedad privada radicada en el sur de Alemania), y así sucesivamente. En el libro de Sigmund no se menciona absolutamente nada de esto, posiblemente porque el libro está descatalogado y ella no tuvo acceso al mismo o desconoce su existencia. Como vemos, el esfuerzo del señor Price y la inversión de los editores resulta aquí ignorada, cuando no despreciada. Después llegarán *historiadores* que al leer el libro de Sigmund mencionaran nuevamente los desnudos de Geli Raubal y volverán a citar a Harry Slapnicka y los códigos criptográficos “rótulo 588. P.B.; D1:F.P” sobre los que no parece preciso dar explicación alguna (y una vez más, debo referirme al alto nivel de complacencia general, incluida la del lector). Pero el tema no acaba aquí. En 1983, con motivo del cincuenta aniversario de la ascensión de Hitler al poder, las editoriales se embarcaron en una serie de proyectos relacionados con tal evento, y dada la avidez editorial y –una vez más- la complacencia general, muchos hicieron su agosto, con especial mención de Konrad Kujau, un hábil falsificador cuya obra cumbre tuvo amplia repercusión mundial: los falsos diarios de Hitler, con los que Kujau logró engañar –y estafar- al semanario *Stern* y al diario *The Times*, entre otros. Otras falsificaciones suyas, menos conocidas pero que ocasionaron el descrédito de sesudos historiadores que las dieron por auténticas, están constituidas por cartas, poemas y acuarelas atribuidas a Hitler. Entre éstas últimas figuran los inverosímiles desnudos de Geli Raubal, comprados a precio de oro por un coleccionista germano de Waiblingen, Fritz Stiefel (véase al respecto “The occult roots of nazism”, de Nicholas Goodrick-Clarke; I.B. Tauris & CO Ltd., Londres-Nueva York; 1992; pág. 261 –e igualmente ilustrativo es el obituario de Kujau que publicó *The Times* el 14 de Septiembre del 2000). En definitiva, ¡no sólo la fuente es imprecisa, el contenido es un fraude!

E incluso podríamos disculpar la falta de humildad, gratitud y rigor de muchos de los historiadores divulgativos, si al menos el contenido de sus libros estuviese guiado por la buena fe –algo difícil, dado lo anterior. Pero cada vez más los libros de historia, lejos de pretender ofrecer una visión lo más objetiva posible de determinada realidad, lo que buscan es aportar argumentos concretos que refuercen determinadas tesis. Es decir, no se aborda ese estudio con una mente abierta, sino que ya a priori se han establecido las conclusiones que se van a exponer y lo único que resta es la búsqueda **en exclusiva** de testimonios y evidencias que reafirmen las mismas. Y para ello nada mejor que las verdades a medias, que constituyen la peor de las mentiras, puesto que no son sino mentiras reforzadas por hechos reales. Encontraremos muchas de ellas en el libro de Anna Maria Sigmund.

Y hecho este preámbulo, abordemos la obra en cuestión.

El caso Winifred Wagner

Los hechos son más o menos conocidos. Los Wagner conocieron a Hitler en 1923, y éste se ganó la simpatía, cuando no el fervor, de los miembros de la familia. Hay hechos y testimonios que así lo avalan, y numerosa literatura al respecto.

En definitiva, que Winifred Wagner era nazi nadie lo discute⁴. Pero triste es tener que recordar que también era wagneriana, y su condición política no debe ocultarnos su aportación artística. Si bien es lamentable juzgar a las personas por su ideología política, igualmente lo es en el caso de las obras artísticas. Sería absurdo pretender alabar su labor en Bayreuth simplemente por su significación nacionalsocialista. No menos absurdo resulta menospreciarla por el mismo motivo. De hecho, nunca Wagner estuvo más politizado que hoy en día, pero tanto antes como

⁴ .- Se afilió al NSDAP –junto con su cuñada Eva Chamberlain- en Enero de 1926 (y no en Enero de 1929, como erróneamente figura en “Die Frauen der Nazis II”, pág. 307). Con el fin de que el lector tenga una referencia cronológica, le indico que Adolf Hitler se inicia en la vida política en 1919; a finales de 1923 protagoniza el conocido *Putsch* de Munich, por el que es encarcelado durante un año; en 1925 retoma la actividad política, obteniendo su primer éxito electoral en 1930 y siendo nombrado canciller a principios de 1933.

ahora, es el nivel artístico y no el político el que debe servirnos para emitir nuestro juicio.

Y resulta curioso que se haya producido una llamativa unanimidad entre partidarios y detractores de Winifred, pues tanto unos como otros han optado por silenciarla. Los detractores porque consideran su período el más nefasto del legado wagneriano, y los partidarios bien sea por evitar relacionar a Wagner con uno de los períodos históricos que más rechazo producen, por no querer echar más leña al fuego para concentrarse únicamente en lo genuinamente wagneriano, o por no querer ser acusados de nazis. De ahí que los ataques contra Winifred Wagner, sean éstos infundados o no, queden muchas veces sin respuesta. Pero quien ama a Wagner no puede olvidar su doctrina de la compasión y no aplicarla a una wagneriana muy necesitada de ella. En definitiva, Winifred era admiradora de Hitler, pero de ahí a tratar a su marido de lo que no era, o dejarla como mentirosa cuando decía la verdad (por poner sólo dos ejemplos), es algo a lo que nadie tiene derecho. Ni tan siquiera Anna Maria Sigmund.

El libro en sí.

Sintetizar en 40 páginas la vida de Winifred Wagner no es lógicamente tarea fácil. El hecho de que se enmarque en un libro titulado “Las mujeres de los nazis” hace las cosas más fáciles, puesto que se supone que se circunscribe a su relación con la ideología nazi.

Pero en el libro hay un poco de todo, un potpurri que mezcla hechos y chismes, verdades con medias verdades, y todo ello extraído de distintos libros, sin que se denote labor de investigación alguna, ni más viajes que el de ir al estante a coger determinado tomo, exceptuando, tal vez, la consulta al expediente de desnazificación de Winifred Wagner. Por increíble que parezca al tratarse de un libro altamente elogiado y promocionado en el país germano, no hay ni una sola entrevista con los descendientes o colaboradores de Winifred Wagner, ni rastro visible de que

la autora haya descubierto información novedosa alguna. La impresión que se extrae de su lectura es la de que los Wagner eran una especie de familia Monster, donde cada uno tenía su propia excentricidad y neurosis: Siegfried, un músico fracasado que encontraba en la conspiración judía explicación a todos sus males; Winifred, una mujer autoritaria obsesionada con satisfacer a Hitler, y otras pinceladas no menos pintorescas respecto a Cosima o H. S. Chamberlain. En definitiva, nada nuevo bajo el sol y sí muchos de los tópicos que se vienen repitiendo desde hace más de medio siglo para satisfacción de las mentes bienpensantes.

Y como apunté al inicio de este trabajo, podemos disculpar que la “historiadora y autora de best-sellers”⁵ A. M. Sigmund se limite a recoger lo que otros han escrito, aún cuando echemos a faltar el “rigor histórico”⁶ que se nos pretende vender. Pero el querer ir más allá en búsqueda de la novedad fácil y sensacionalista, es algo que de una vez por todas, ni como wagnerianos, ni como simples lectores⁷, podemos consentir.

Voy a limitarme únicamente a exponer dos de los excesos verbales de esta autora; creo que son suficientes para dar una idea de lo que cabe esperar de este libro, y confío que el lector los tenga presentes cada vez que vea en letra impresa noticias que hacen tambalear su noción de los hechos históricos.

La “bisexualidad” de Siegfried Wagner.

Si triste es juzgar a la gente por su ideología política, no menos triste es juzgarla por su condición sexual. Por desgracia, resulta necesario tener que recordar

⁵ .- Así es descrita por la editorial en la contraportada del libro.

⁶ .- Palabras igualmente extraídas de la contraportada.

⁷ .- Debería haber algo así como una Unión de Consumidores de Libros, que velase por la defensa de los derechos de los lectores y que denunciase las malas prácticas de autores y editores.

que el sexo es algo que corresponde a la esfera íntima del ser humano, y ahí es donde debe permanecer. Los que nos sentimos cercanos a Siegfried Wagner no lo hacemos precisamente en base a sus hábitos sexuales, sean éstos cuales fueren, si bien nos sentimos heridos por el mal gusto de airearlos puesto que ni los suyos, ni los de la peluquera de la esquina, deben quedar expuestos ante los ojos de extraños.

En este caso, si simplemente se tratase de la **constatación** de un **hecho**, cual sería la homosexualidad del hijo del Maestro, nada tendríamos que objetar salvo deplorar la avidez morbosa de retratar a un ser humano bajo una luz que nada aporta. Pero cuando no existe ni *constatación* ni *hecho*, salvo la propagación **tendenciosa** de una **invención**, nuestra obligación moral es denunciarla.

Antes de abordar esta supuesta homosexualidad –aunque en rigor habría que hablar de *bisexualidad*, puesto que Sigmund afirma (pág. 232) que tuvo un hijo

natural (Walter Aign) con la mujer del párroco de Bayreuth⁸, aparte de los cuatro que tuvo en su matrimonio con Winifred Wagner-, hablemos de la manía cada vez más extendida del *revisionismo sexual*. Cada tanto, determinados personajes célebres del pasado, entre ellos no pocos músicos, nos sorprenden revestidos de una nueva identidad sexual. Ignoro a qué tipo de personas puede interesarle esta faceta de los protagonistas de la historia, y me pregunto si éstas están dispuestas a satisfacer su mezquina curiosidad a cualquier precio, sin importarles la veracidad de las nuevas revelaciones, puesto que en verdad la base de esos sensacionales, o más bien sensacionalistas descubrimientos, suele ser bastante endeble.

Tanto es así que incluso un periódico caracterizado por su lucha por las libertades, incluida la sexual, denunciaba recientemente esta perniciosa tendencia cuya última víctima era Haendel:

⁸.- Otro clarificador ejemplo de invención que pone los pelos de punta a cualquier lector. Veamos lo que al respecto dice la historiadora Hamann en su reciente biografía de Winifred:

«La afirmación de Peter P. Pachl en "Siegfried Wagner. Genie im Schatten" (Munich, 1988; pág. 162 y sig.), en el sentido de que Walter Aign fue un hijo de Siegfried anterior a su matrimonio, resultó ser un artificio una vez examinado. Walter Aign, nacido en 1901 en Bayreuth, era el séptimo y último hijo del párroco reformista Karl Aign (nacido en 1852) y de su segundo matrimonio con María (de soltera Müller, nacida en 1861), hija del decano luterano de la iglesia de la ciudad de Bayreuth. Era el quinto y último hijo de su madre y por su parecido era a menudo confundido con su hermano Robert, un año mayor que él. Siegfried contrató como maestro concertador al hijo de 22 años del párroco y le llevó en numerosos viajes. Aign trabajó en los festivales de Bayreuth hasta 1931, y de nuevo a partir de la década de los cincuenta. Murió soltero en Bayreuth en 1977. Según manifiesta la hija de Robert Aign, la jurista Regine von Scheck zu Schweinsberg, los rumores sobre la ascendencia especial de Walter Aign emergieron por vez primera tras su muerte, transformándose en precisos durante las pesquisas de Pachl, quien en su libro difama póstumamente a Maria Aign como "la esposa de vida alegre del párroco", sin aportar una sola prueba de ello. Nike Wagner tomó el cuento del libro de Pachl, tal como ella confirmó, al igual que Renate W. Schostack y otros –un ejemplo maestro de cómo los rumores se difunden libremente. Por otra parte, no se discute que Siegfried tuviera anteriormente relaciones con mujeres, pero no justamente con la mujer del párroco, ocho años mayor que él». Brigitte Hamann, "Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth", Piper Verlag, Munich, 2002. Pág. 650-1.

Nótese que Hamann destaca el parecido entre ambos hermanos como indicio de una procedencia paterna común, y resulta ilustrativo que el hecho de que la bisnieta de Richard Wagner, Nike, avalara posteriormente en su propio libro esta historia, no implica su veracidad, tal como ella misma reconoció a Hamann, quien, a diferencia de Sigmund, sí se molestó en entrevistar a la familia Wagner.

«He leído, no íntegramente, *Haendel as Orpheus* (Harvard University Press, 2002), el extenso estudio de las cantatas de cámara haendelianas en el que su autora, la catedrática Ellen T. Harris, combina la densa erudición musicológica con las labores detectivescas, en un intento, ocurrente pero para mi gusto no convincente, de dar un sesgo homosexual a algunas obras compuestas en su etapa británica por el músico alemán. Harris husmea en los círculos de la nobleza seguramente homoerótica donde Haendel encontró su principal mecenazgo, y examina al detalle la letra y el espíritu Órfico de ciertas cantatas y oratorios (*Acis and Galatea, Esther*) que, según ella, traslucen el perfil de un deseo por el propio sexo (*same-sex desire*). Como es catedrática, Harris es comedida; no afirma categóricamente, propone. Pero yo me he puesto los discos de estas maravillosas obras, los he seguido libreto en mano y no puedo decir que haya visto en ellas nada heterodoxo (ni manifiestamente heterosexual, tampoco)»⁹.

Es muy interesante la matización que el periodista hace cuando dice que «Harris es comedida; no afirma, propone». Pero por desgracia, después vienen las *Anna Maria Sigmund* de este mundo y, **citando** el libro de Ellen T. Harris que apenas nadie ha leído, no *proponen*, sino que **afirman** que Haendel era homosexual.

Un caso paralelo es el de Peter P. Pachl y su biografía sobre Siegfried Wagner. En ella apunta hacia la homosexualidad del biografiado. Respecto a qué pruebas tiene para afirmar tal cosa, Javier Nicolás, en un minucioso y demoledor artículo publicado en el número 44 de *Wagneriana*, ya nos ha dado la respuesta: ninguna. Simples indicios y conjeturas, fruto de mentes estrechas que si ayer veían pecado por doquier, hoy encuentran latentes inclinaciones sexuales en la más inocua de las manifestaciones.

⁹ .- “Ganar homosexuales”, por Vicente Molina Foix. El País, 25/VI/02.

Mas entonces es cuando llega Anna Maria Sigmund, y lejos de decir que “determinado autor sostiene la opinión”, o incluso que “existe la creencia”, o exagerando aún más, que “hay fundadas sospechas” de que Siegfried Wagner era homosexual, afirma repetidamente que lo era, y cita como fuente el libro de Pachl. E insisto de nuevo, el libro de Pachl lo ha leído una minoría de wagnerianos, el libro de Sigmund lo ha leído una mayoría de ciudadanos, personas honradas que creen que si una historiadora lo sostiene, y además cita la fuente, es que existe un amplio consenso sobre el tema basado en pruebas contrastadas, lo cual, en este caso, dista mucho de la realidad.

Y ya sabemos cuál es el móvil tendencioso de pretender presentar a Siegfried bajo ese enfoque: “Richard Wagner, el padre espiritual de Hitler y Mesías de la virilidad germánica, tenía un hijo mariquita”. Esta caricaturización ridícula y grotesca no es sino una muestra más de la incomprensión ruin y melindrosa de la obra wagneriana. Y para zanjar este asunto y redundando en lo ya dicho, dado que los wagnerianos no nos sentimos impelidos a juzgar a las personas por su orientación sexual, tampoco nos entristeceríamos de saber que Siegfried era homosexual, a diferencia de ciertas mentes que se tienen por progresistas, que sí se lamentan de que se demuestre lo contrario.

Las verdades a medias de Anna Maria Sigmund frente a las verdades totales de Winifred Wagner

Puntualizar y corregir todas las imprecisiones de esta microbiografía me convertiría en una especie de Pepito Grillo. Con el fin de no aburrir al lector, me voy a concentrar en una última distorsión, cual es la de presentar a Winifred Wagner como alguien dispuesta a mentir para defender la buena imagen de Hitler –y de paso salvarse a sí misma. El texto en cuestión, que reproduzco **íntegramente**, no tiene desperdicio:

«La primera visita de Hitler al festival de Bayreuth resultó ser la última durante

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080

bastantes años. Tras el final de la guerra Winifred Wagner dio el motivo para ello: toda aparición pública de Hitler era acompañada de grandes -y en ocasiones incontroladas- concentraciones de sus partidarios. Debido a ello le habría solicitado permanecer alejado de Bayreuth. Pero la versión de Hitler suena de forma distinta: ««Después escuché el Anillo y Los Maestros Cantores. ¡Que el judío Schorr interpretase a Wotan me disgustó tanto! ¡Para mí fue una vergüenza racial! [...]»¹⁰. Durante años dejé de ir, lo que me produjo mucha pena. La señora Wagner se sentía plenamente desdichada, ¡escribió doce veces, telefoneó veinticinco!»»¹¹.

Vayamos por partes:

La versión de Hitler está extraída de “Los monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944”¹², libro que recoge las transcripciones taquigráficas de diversas conversaciones privadas de Hitler en las que a menudo se refiere a anécdotas de su pasado y que debían servirle para su proyectado libro de memorias. Sigmund sólo nos ofrece una parte de dicha conversación, y tal como ella misma indica por medio de los correspondientes puntos suspensivos dentro de corchetes, también omite traducir una parte central de la cita. De su lectura extraemos dos conclusiones, **1º) que Hitler dejó de asistir a los festivales de Bayreuth por el enojo que le había producido el hecho de que un judío hiciese el papel de Wotan, y 2º) que Winifred Wagner, lejos de pedirle que se mantuviese alejado de los festivales, le escribió y telefoneó repetidamente para justo lo contrario.** En definitiva, Sigmund nos da a entender que Winifred miente matando dos pájaros de un tiro: **omite el móvil antisemita de su amado Führer** y se presenta a sí misma

¹⁰ .- El subrayado en negrita es mío.

¹¹ .- “Die Frauen der Nazis II”, pág. 243.

¹² .- “Monologe im Führerhauptquartier, 1941-1944”, comentados por el historiador Werner Jochmann y editados por la editorial Orbis, Munich, 2000. La conversación que nos atañe es la habida la noche del 28 de Febrero al 1 de Marzo de 1942, que se halla recogida en las páginas 307-8 del mencionado libro y que yo traduzco a continuación.

como salvadora de Bayreuth. Espero que el estudio de ambos puntos esclarezca a muchos lectores sobre los peligros de unir tendenciosidad, deshonestidad, ambición y avaricia.

Empecemos por reproducir íntegramente las palabras de Hitler:

«En 1925 los Bechstein¹³ me habían invitado a Bayreuth; vivían en la calle Listz –así creo que se llama-, justo doblando la esquina de Wahnfried; aún hoy tienen esa propiedad. **A decir verdad no quería ir**¹⁴, me decía a mí mismo, puesto que las dificultades serían aún mayores para Siegfried Wagner, que estaba un poco en manos de los judíos. Llegué a Bayreuth a eso de las once de la noche, Lotte estaba aún despierta, el matrimonio Bechstein estaba ya durmiendo. Al día siguiente vino la señora Wagner¹⁵ y me trajo un par de flores. Los días libres eran estupendos. ¡Menuda animación había allí! De esa época existen muchas fotos hechas por Lotte Bechstein. Iba todo el día en traje corto, y a los festivales en smoking o frack. Fuimos a la Fichtelgebirge y a

¹³ .- Carl y Helene Bechstein. Los Bechstein, conocida familia de fabricantes de pianos, constituyeron uno de los primeros mecenas de Hitler.

¹⁴ .- El subrayado en negrita es mío.

¹⁵ .- En la edición española de “Monologe im Führerhauptquartier”, editada en Julio de 1953 en Barcelona por Luis de Caralt bajo el título de “Conversaciones sobre la guerra y la paz”, en lugar de “la señora Wagner”, que lógicamente no es otra que Winifred Wagner, aparece nada menos que ¡Cosima Wagner! (ver pág. 304). Este no es ni mucho menos el único error de la mencionada edición de Luis de Caralt, tal como el lector podrá comprobar en notas sucesivas. Y se trata de un ejemplo más de la mencionada inseguridad con la que el lector tiene que lidiar. En este caso, si acudimos al *original*, cual es la edición francesa de los monólogos de Hitler editada por François Genoud (la alemana no había sido autorizada por las autoridades aliadas de ocupación), veremos que la traducción española es fiel. La *contaminación* procede de esa primera edición que, tal como he indicado, vio la luz no en su idioma original –el alemán- sino en francés. Los mismos errores pueden encontrarse en la edición inglesa de ese entonces (editorial Weidenfeld), y cabe preguntarse cuántos lectores e *historiadores* se han guiado por las mencionadas traducciones (yo mismo puedo aportar un ejemplo, el del historiador inglés David Irving y su best-seller de la década de los setenta: “La guerra de Hitler”, editado en España por Planeta y cuya primera edición data de Noviembre de 1978; en la página 279 el lector podrá encontrar una transcripción de los *monólogos* de Hitler extraída de la edición inglesa de Weidenfeld, transcripción que una vez comparada con el original alemán, varía de forma muy significativa; curiosamente, Irving presume de ser uno de los pocos historiadores que acude siempre a las fuentes originales; cito este nuevo ejemplo con la esperanza de que el lector se quite la venda de los ojos y adquiera una saludable actitud crítica ante la letra impresa).

la Suiza francona. También en lo restante la vida allí era fabulosa. Cuando he estado en el *Eule*¹⁶, enseguida he entrado en contacto con todos los artistas. Por otra parte, aún no era tan conocido como para no haber tenido mi propia tranquilidad¹⁷.

«Dietrich Eckart¹⁸ había estado anteriormente en Bayreuth como crítico, y siempre me había dicho entusiasmado: “¡Sabes, la atmósfera en Bayreuth es algo maravilloso!”. Me contó una vez que una mañana irrumpieron en el *Eule* y fueron hasta una pradera tras el teatro para representar allí *El encanto del Viernes Santo*; tuvo que haber sido absolutamente maravilloso.

«El primer Parsifal que allí escuché era aún el de Clewing¹⁹, una voz y una forma fabulosa. Yo ya conocía Parsifal de Munich. Después escuché el Anillo y los Maestros Cantores. ¡Que el judío Schorr interpretase a Wotan me disgustó tanto! ¡Para mí fue una vergüenza racial! **¿Por qué no habían ido a buscar a Rode a Munich? Sin embargo tenían aún a un hombre de una calidad especial, el cantante de cámara Braun**²⁰.

¹⁶ .- “La lechuza”, local frecuentado por el círculo artístico de Bayreuth.

¹⁷ .- En la edición española de Luis de Caralt, el significado es el diametralmente opuesto: “Yo era entonces célebre hasta el punto de temer por mi tranquilidad” (pág. 305).

¹⁸ .- Personaje bohemio de Munich y primer mentor de Hitler —a él está dedicado el “Mi lucha”. Eckart tenía estrecha amistad con notables wagnerianos como Hans von Wolzogen o Michael Georg Conrad; en 1894 asistió a los Festivales como crítico del *München-Augsburger-Abendzeitung*, y de sus varios escritos sobre Wagner, quizás el más importante fuera su colaboración en el programa de los Festivales de 1912, “Handbuch für Festspielsbesucher, Bayreuth 1912”, donde escribió la parte dedicada a Pársifal (pág. 1-16) y que terminaba con una frase que adquirió cierta notoriedad: “Así termina esta elevada canción de amor, esta canción de elevado amor: Parsifal” (“So schliesst das hohe Lied der Liebe, das Lied der hohen Liebe: Parsifal”).

¹⁹ .- Hitler menciona aquí a diversos cantantes de ópera: Carl Clewing, tenor, 1884-1954; Friedrich Schorr, barítono, 1888-1953; Wilhelm Rode, barítono, 1887-1959; Carl Braun, bajo, 1886-1960 (Werner Jochmann, “Monologe im Führerhauptquartier”, pág. 461).

²⁰ .- El subrayado en negrita es igualmente mío y comprende el texto que Anna Maria Sigmund dejó de traducir, **punto y aparte inclusive**.

«Durante años dejé de ir, lo que me produjo mucha pena. La señora Wagner se sentía plenamente desdichada, ¡escribió doce veces, telefoneó veinticinco! ¡He ido tan a menudo a Bayreuth!, y siempre la he visitado. Pero sea como sea la señora Wagner²¹ –y ese es su gran servicio histórico- ha unido a Wagner con el nacionalsocialismo. Respecto a Siegfried: personalmente me era amistoso, políticamente era pasivo. Los judíos le habrían retorcido el pescuezo, no podía hacer otra cosa. Ahora se ha roto el boicot²², se interpreta más de él».

El lector debe tener en cuenta que este *monólogo* aparece un tanto sesgado dado que se trata de la reproducción taquigráfica de una conversación en la que es imposible recoger todos los giros e interrupciones, así como preguntas y comentarios de los presentes. Pero su lectura **íntegra** es suficiente para percatarse de que no se puede extraer la conclusión de que Hitler dejara de asistir a los festivales de Bayreuth por culpa de Schorr (tal como Anna Maria Sigmund nos quiere hacer creer). Por el contrario, existen numerosos testimonios²³ que redundan en la tesis que Hitler manifiesta al principio de la cita mencionada (y que es *sabiamente* omitida por Anna Maria Sigmund), en el sentido de que su ausencia venía motivada por no perjudicar a Siegfried Wagner.

De hecho, Hitler, en una carta a Siegfried Wagner escrita **antes** de su primera visita a los Festivales, había dejado prueba de su preocupación por los problemas

21 .- En la edición española de Luis de Caralt “la señora Wagner” es sustituida nuevamente por Cosima Wagner (!?).

22 .- En la edición española de Luis de Caralt, en lugar de “se ha roto el boicot”, figura “se ha roto el encanto” (!?).

23 .- Como por ejemplo el de Hans Severus Ziegler (*Adolf Hitler aus dem Erleben dargestellt*; Verlag K.W. Schutz KG, Oldendorf; 4ª edición, 1977; pág 155), amigo tanto de Hitler como de los Wagner y cuyo abuelo materno, Gustav Schirmer, propietario de la editorial musical neoyorquina del mismo nombre, fue promotor tanto de Liszt como de Wagner y asistente en 1876 al primer Festival de Bayreuth.

que su relación ocasionaría a éste último:

«No quise antaño hacer uso de su amabilidad, puesto que temía acarrearle también a Vd., señor Wagner, la enemistad de ciertos círculos bajo cuyos celos tanto tuvo que padecer vuestro venerado padre, señor de todos nosotros; consiguientemente más profundo es mi sentimiento de dichosa gratitud dado que Vd., respetado señor Wagner, y en especial su admirable señora esposa, han aceptado libremente esa segura enemistad venidera»²⁴.

Y Sigmund no puede alegar desconocimiento de los motivos de Hitler, dado que cita esta carta y la incluye en su bibliografía (pág. 241-2 y 307).

Incluso cabría preguntarse si insulta la inteligencia del lector puesto que ella misma menciona el peligro que para Bayreuth representaba la corriente ultranacionalista alemana, aportando como testimonio el enfado de Siegfried Wagner cuando, con motivo de la reapertura en 1924 de los Festivales tras diez años de interrupción, determinadas agrupaciones patrióticas pretenden arrebatarse el protagonismo a Richard Wagner:

«Tan pronto como las manifestaciones de radicales de derecha perturbaron la representación y al final de los Maestros Cantores resonó el himno alemán, hizo colocar en las puertas el aviso: “Aquí rige el arte”»²⁵.

Y lo remata mencionando lo siguiente:

«En 1933 el *Führer* y canciller del Reich entró triunfalmente en los festivales. [...]. En el teatro se tuvo que repartir avisos con la inscripción: “El teatro no es lugar para las ovaciones políticas”. Como esto no bastó, se indicó más

²⁴ .- Carta de Adolf Hitler a Siegfried Wagner escrita el 5/V/24 durante su reclusión en Landsberg a consecuencia de su condena por el fracasado *Putsch*.

²⁵ .- “Die Frauen der Nazis II”, pág. 241.

claramente: “¡Por encargo del Canciller! El *Führer* ruega que al final de las representaciones se abstengan de cantar el himno alemán o el de Horst Wessel²⁶, así como de manifestaciones políticas. No hay exteriorización más clara del espíritu alemán que la inmortal obra del Maestro mismo. *Gruppenführer* Brückner, ayudante del *Führer*”»²⁷.

Es decir, nos hace saber del fastidio que le producía a Siegfried Wagner la apropiación de la obra de su padre y la coincidencia que a este respecto sentía el devoto wagneriano Hitler, horrorizado tanto por perjudicar potencialmente a Bayreuth como por robar protagonismo a su venerado Maestro: pero después pretende que nos olvidemos de ello para hacernos creer que la ausencia del futuro *Führer* se debía a sus prejuicios antisemitas, una razón sin duda más escabrosa, pero falsa.

Nuevamente en claro insulto a la inteligencia del lector, Sigmund parece olvidar que si Hitler se hubiese sentido personalmente ofendido por cada judío que tuviera un papel relevante en una representación artística, no le habría quedado más remedio que prescindir de la mayoría de las mismas hasta su llegada al poder, lo cual, desde luego, no fue el caso. Redundando en lo dicho, es bien conocido el hecho de que Hitler asistía regularmente a las representaciones wagnerianas de la Opera Imperial de Viena dirigida por Gustav Mahler, y tal como la mismísima Sigmund afirma, Hitler “trataba sin problemas con judíos durante su juventud en Viena”²⁸ -pese a que en aquel entonces sus convicciones antisemitas eran ya firmes-, actitud que, en verdad, modificó una vez iniciada su carrera política, en la que evitó cualquier contacto directo con judíos como muestra de coherencia ante su Partido, pero de ahí a pretender que Schorr fuera el causante de sus años de ausencia al Festival... de ser así, habría

²⁶ .- Himno del partido nazi.

²⁷ .- “Die Frauen der Nazis II”, pág. 251.

²⁸ .- “Las mujeres de los nazis”, Plaza y Janés, Barcelona, 2000; pág. 186.

prohibido igualmente la asistencia a sus colaboradores más íntimos, lo cual no hizo²⁹. Tampoco Brigitte Hamann sustenta la tesis de Sigmund: en 1927 se decide sustituir a Friedrich Schorr por Josef Correck...

«Pero esto tampoco modificó la decisión de Hitler. Permaneció cauto, deseaba ahorrar incomodidades a los Wagner: ««Durante años dejé de ir, lo que me produjo mucha pena. La señora Wagner se sentía plenamente desdichada, ¡escribió doce veces, telefoneó veinticinco!»»»³⁰.

Y para rematar este asunto, Hitler dejó de asistir a los Festivales a partir de 1940 –salvo su visita relámpago ese mismo año para asistir al Ocaso-, sin que mediara para ello intervención de judío alguno.

Una vez diseccionados los motivos de la ausencia de Hitler, pasemos a preguntarnos si Winifred, tal como ella misma afirma, le pidió a éste que se mantuviera alejado de los Festivales, **o si por el contrario miente, tal como asevera Sigmund**. El análisis de la correspondencia de Winifred del año 1925 permite deducir que ella dice la verdad, en especial si tenemos en cuenta la presión que en ese sentido ejerce su marido, por lo que resulta bastante verosímil que formulase dicha petición a Hitler –si bien no tardaría en cambiar de opinión a medida que aumentaba su trato con él.

Empezaré citando una carta de Winifred a su amiga del instituto –y posterior cantante wagneriana- Helena Boy (de casada, Roesener), fechada el 3 de Enero de 1925. En ella hace mención a un proyectado viaje de Hitler a Bayreuth en el que éste quiere aprovechar la ocasión para agradecer personalmente a los Wagner las atenciones tenidas con él:

²⁹ .- En 1928, por poner un ejemplo, Hamann menciona la asistencia de destacados dirigentes nazis como Heinrich Himmler, Hans Frank, Robert Ley o Franz Ritter von Epp (Brigitte Hamann, Op. cit.; pág. 168).

³⁰ .- Brigitte Hamann, Op. cit.; pág. 160.

«Hoy viene Hitler. Fidi³¹ me ha leído la cartilla y me ha prohibido seguir actuando abiertamente en el Movimiento. Puedes imaginar lo difícil que esto me será. Pero definitivamente él tiene razón. Hitler lo comprenderá enseguida»³².

Con motivo de esta visita (que finalmente no se lleva a cabo por expreso deseo de los Wagner), la policía de Bayreuth somete Wahnfried a vigilancia policial, lo cual trastorna especialmente a Siegfried. Veintidós años más tarde, a preguntas del presidente del tribunal de desnazificación que debía juzgarla, declaró que había escrito a Hitler una carta informándole de las molestias que su relación podría ocasionarles, lo cual, dadas las circunstancias, resulta bastante creíble. En una carta a Helena Boy (6/1/25), Winifred le advierte que su correo puede estar siendo intervenido³³.

En una extensa carta escrita a Hitler el 17 de Abril de 1925, Winifred explica a éste que las concesiones que su marido se ve obligado a otorgar a destacadas personalidades y grupos de presión contrarios a las tesis del partido nazi resultan necesarias para garantizar la muy amenazada supervivencia de Bayreuth, lo cual constituye sin duda una forma sutil pero evidente de solicitarle a Hitler que no eche más leña al fuego³⁴.

Y podríamos continuar con más ejemplos de este tipo, pero lo que resulta definitivo es **que en su escrito al tribunal de desnazificación Winifred no presume de haber sido ella quien logró que Hitler se mantuviera alejado de**

³¹ .- Nombre cariñoso con el que se refiere a Siegfried Wagner.

³² .- Brigitte Hamann, Op. cit.; pág. 134.

³³ .- En relación con este párrafo, consultar igualmente a Brigitte Hamann, Op. cit.; pág. 134.

³⁴ .- Brigitte Hamann también reproduce esta carta (Op. cit., pág. 136-7).

los Festivales, pues si bien es cierto que ella afirma que así se lo solicitó, **no menos cierto es que el mérito se lo atribuye al propio Hitler**, quien en su visita a los Festivales de 1925, tras vivenciar él mismo los problemas políticos que su presencia ocasionaba a los Wagner, hizo la siguiente promesa a Winifred:

«Él no volvería de nuevo a Bayreuth hasta que estuviera en situación de ayudarnos, y no de perjudicarnos, por medio de su asistencia»³⁵.

Sigmund sólo recoge los trozos que le interesan del *monólogo* de Hitler y otro tanto hace con el escrito de Winifred al tribunal de desnazificación. Y una vez cumplida su misión de reafirmar los clichés que son del agrado del meapilismo dominante, su logro será, sin duda, un nuevo éxito de crítica y público para su próximo libro³⁶. Resulta vergonzoso que los derechos del comprador de una tostadora estén más protegidos que los del consumidor de libros, e igualmente lo es que se preocupe más de la calidad de sus productos el fabricante de tostadoras que el editor de libros³⁷.

Y para finalizar este trabajo, una reflexión libremente inspirada en la del dramaturgo antifascista Bertold Brecht:

Primero empezaron mintiendo sobre Adolf Hitler, pero como yo no era nazi, a mí no me importó; después mintieron sobre Winifred Wagner, pero como a mí no me caía bien, tampoco me importó; más tarde fueron a por Siegfried Wagner, pero como yo desconocía sus obras, tampoco me importó; hoy

³⁵ .- «Er würde nicht eher wieder nach Bayreuth kommen, als bis er in der Lage sei, uns zu helfen und nicht durch seine Anwesenheit uns zu schaden». Escrito de Winifred Wagner del año 1946 al tribunal de desnazificación, pág. 12 (consúltese al respecto a Brigitte Hamann, Op. cit.; pág. 142).

³⁶ .- A finales del 2002 salió al mercado alemán el tercer tomo de “Las mujeres de los nazis”.

³⁷ .- ¿Creen que exagero? ¿Acaso el ejemplo aún más flagrante y cercano del plagio de Ana Rosa Quintana en un libro que debía contribuir a denunciar el doloroso problema de los malos tratos ha perjudicado de manera perceptible la carrera mediática de esta mujer, a la que incluso el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales ha premiado recientemente incluyendo su imagen en una campaña dirigida precisamente contra los malos tratos?

mienten sobre Richard Wagner, pero ya es demasiado tarde.